

tó á todos. Vestia una hermosa marlota y zaragüel de grana con franjas y flecos de oro: en el bonete de seda del mismo color llevaba una pluma blanca y otra roja: ceñia rico alfange; y calzaba un gracioso horceguí azul con vivos de color de fuego. Su caballo negro, suelto y valiente, como nacido en Africa, sentia las puntas de su dorado acicate; y en su pendoncillo se leia este mote:

«Es mas bella mi Almanzora
Que el sol que la tierra dora.»

Llegaron ante el rey: le hicieron acatamiento; y los ojos de fuego del monarca se clavaron en la linda esposa á quien veia por primera vez, y de la que quedó en el momento enamorado. Siguiéron aquellos su marcha: Abenhumeya llamó á su esclavo Aldin, el que poniendo una rodilla en tierra recibió una orden de su señor, y desapareció inmediatamente.

Apénas se colocaron todos en sus asientos, cuando se oyó gran ruido de atabales y dulzainas, que precedian al capitan turco Caracacha, que acompañado de 50 de su nacion entraba en la plaza. En medio de ellos venia el bravo capitan con horrible y robusta presencia á disputar el premio de la lucha, que consistia en cien escudos de oro y una corona de hojas de laurel. Iba enteramente desnudo, con un ceñidor de seda color de carne.

Poco tardó en aparecer por otra bocacalle el valiente capitan Maleh, cuyas bellas formas y arrogante presencia admiraban. Venia acompañado de cincuenta bizarros moros con ricos trajes, y armados

de arcabuces; quienes luego que su capitán saludó al rey hicieron una descarga.

Puestos en el circo los dos combatientes, se miraron uno á otro; y después de hablar un corto espacio, y de haber entrelazado sus manos, empezaron á luchar.

Un cuarto de hora hacía que forcejaban uno y otro sin visible ventaja: los blancos brazos de Maleh estaban teñidos de sangre; y el turco admiraba su fuerza y agilidad. Un poco se resbaló sobre la arena Caracacha; y aprovechándose de este accidente el diestro moro, se lanzó como un rayo sobre él, y le hizo dar en tierra. Una general gritería, y el eco de los atabales, anunció á Maleh que había ganado el premio.

Otros le siguieron, y otros mil; pero cuando la diversion había llegado á su colmo, un espía entra en la plaza y dice á grandes voces que la guarnición de Tijola estaba en grande apuro si no se la mandaba un pronto socorro. Una mirada que dió Abenhumeya á su esclavo Aldin, le anunció la recompensa.

Al instante se suspendieron las fiestas; y el rey hizo venir á Almozabar, y le habló en estos términos: «Bien sé que te va á ser sensible en tal día tener que dejar á tu esposa; pero nuestros compañeros de Tijola si no reciben un pronto socorro van á sucumbir á los cristianos. En ti tengo toda mi confianza: la gente que los cerca no puede ser mucha; toma cuatro mil infantes y doscientos ginetes, hazle levantar el sitio, y vuelve victorioso á gozar del triunfo en los brazos de tu amada.» El favorito no titubeó un momento, y se dirigió á Almanzora á decirle la orden del rey. Apenas la oyo esta, copiosas lágrimas corrieron por sus

mejillas; y solo las dulces palabras del esposo, y las reflexiones del favorito, pudieron aplacarlas algun tanto.

A poco ya no sonaban por la ciudad los bélicos instrumentos con el alegre son de la fiesta: de guerra le habia sucedido, y todos los soldados corrian por sus armas.

Miéntras tanto se desnudaba del traje de boda Almozabar, y temblando su triste esposa le aprestaba la acerada armadura. «Y bien, le dijo:» despues de anhelar á tal punto este instante, ¿tienes valor para abandonarme?... ¡Almozabar, ya no te acuerdas de aquel dia en que me declaraste tu amor!»

—¿Y crees que podré olvidarlo nunca?... Ah! no me atormentes por piedad: es preciso obedecer las órdenes del rey; pero no dudes que dentro de muy pocos dias habré vencido á los enemigos y vuelto á tus brazos.

—Sí, esponiéndote á mil riesgos; abandonándome; vertiendo tu sangre en el campo de batalla, donde no esté tu Almanzora para recogerla y para lavar tus heridas con sus lágrimas....

—¿Y piensas acaso que me podrán vencer?... No, esposa mia: aun cuando me vea cercado de cien lanzas, en clavando mi vista en este pendoncillo bordado por tu mano, por tu mano que ahora siente las palpitaciones de mi corzon, no dudes que caerán á mis pies cuantas cabezas osen mirar la mia.» *Al arma! al arma!* gritaban desde las calles los soldados; y rebosándole de amor el corazon, y de tristeza el alma, montó Almozabar un brioso caballo, y se puso á la

cabeza de los cuatro mil infantes y doscientos ginetes que salian de Purchena con direccion á Tijola.

II.

Ya eran las doce de la noche, y la luna se ocultaba entre transparentes nubes que hacian mas melancólica su luz: el relámpago hacia brillar selvas y rios, un fuerte huracan derrivaba de los árboles las ya marchitas hojas; y de vez en cuando el eco de las aves nocturnas llegaba á los oidos de la triste Almanzora, que sentada sobre ricos almohadones de damasco, lloraba la temprana ausencia de su esposo,

Abiertas las ventanas de su aposento que caian al jardin, se complacia en admirar la naturaleza que estaba tan triste como ella. No se percibia el eco de ningun mortal; y ya era la una cuando oyó dar tres golpes en el postigo, y despues cantar con una muy débil voz esta cancion:

«Si duermes, esposa mia,
despierta pronto por Dios;
que vengo muy mal herido,
y me abandona el valor.
Despierta, Almanzora mia;
Despierta pronto por Dios.»

Cual un relámpago corre al jardin; abre el postigo; y cuatro moros embozados en sus ferreruelos la asen fuertemente, y tomándola en sus brazos corren precipitados.

Poco despues se oyó por el camino de Caniles el ruido de cinco ginetes que á todo escape salian de Purchena, llevando delante uno de ellos á nuestra heroina desmayada.

III.

«¿Dónde estoy?...» preguntaba Almanzora, volviendo de su desmayo, á una esclava que con traidores ojos la miraba desde el pié de su lecho: «¿dónde estoy?»

—No temais señora: esta habitacion pertenece al castillo de Caniles, donde solo vuestras órdenes serán obedecidas.

—Pues bien, yo quiero partir: dejadme que vea á mi esposo; dejadme que le busque.» Y diciendo esto, se arrojó como frenética fuera del lecho. Apenas salió de alli, se presentó á sus ojos un salon donde el gusto asiático ostentaba su magnificencia. En uno de sus extremos se hallaba un hombre de ojos negros, color encendido, recostado sobre almohadones de seda, y en cuya boca se veia rica pipa de oro, de la que sa-

caba un denso humo que al momento se mezclaba con el que esparcían las resinas de los pebeteros. Un instante se detuvo Almanzora al ver este espectáculo; pero conociendo á Abenhumeya, arrojándose á sus pies exclamó: «vos seréis mi libertador: llevadme con mi esposo: decidme donde está.» El rey la hizo levantar, y tomando su convulsiva mano, la sentó junto á sí. Ven, hermosa criatura, la dijo despues de contemplarla un corto rato,» ven, reina de las mujeres; toma posesion de este sitio para no dejarle jamas.

—¿Yo?...

—Sí; tú serás la que enjugues mi sudor cuando venga de escaramiucear con los del Marqués de Mondéjar; tú la que cuidarás de mis heridas; tú la que dispondrás de la suerte de mis esclavos....

—¿Dios mio! ¡qué es lo que oigo!

—Sí, Almanzora, yo te amo: desde el primer instante en que te vi he olvidado mi rango, mi posición, todo; solo he buscado un medio para poseerte, y al fin le he podido encontrar.

—Os equivocais, señor: mi corazon no puede amaros nunca. Pero por piedad volvedme á mi esposo. El que mil veces espone su vida por vós, no merece esta recompensa, ni que se le robe la mitad de su alma. Ah! tened piedad de nosotros, que en el momento de ser felices nos hemos visto separados.

—Almanzora, ya no me es posible volveros á vuestro esposo.

—¿Y por qué?..... ¿No sois el soberano?..... ¿no teneis obligacion de administrar justicia cuando vues-

tros vasallos os la imploran? Pues bien: yo os pido que me volvais á la casa de mis padres.

—Es imposible: como amante lo repugna mi corazón; como rey lo niega mi labio.

—¿Y os quereis valer de la fuerza para ganar mi amor?

—No, hermosa mía, yo en nada te hare fuerza; pero está á mi lado, sé la diosa de mis ensueños, dispon de mis riquezas, de mis estados, de mi vida.

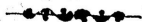
pero dime que me amas. No seas cruel. En el castillo en que te encuentras los ojos de sus habitantes estarán fijos en ti para adivinarte los pensamientos; mil esclavas habrá en torno tuyo para servirte; cubrirán tus manteles los manjares mas exquisitos de España y Africa, las piedras que hoy adornan mi turbante, relucirán mañana sobre tu clara frente; y hasta el mismo sol envidiará tu ventura.

—En vano, en vano, Abenhumeya, me pintais con unos colores tan vivos la felicidad: esta solo puedo encontrarla al lado de mi esposo, ya sea en un opulento palacio, ya en una miserable cabaña.

—¿Con qué no deberé esperar jamas que cedais?

—No, nunca, ántes la muerte.

Adios, «le dijo Abenhumeya; y una sonrisa infernal entreabrió sus amaratados labios.



count see y big á obano , edaco libem sires y
estacó ob ollitaco lab corren vol á estacacac de ollig

obisq. so oy. quod non. Testisquid. el se. colligere. scrip-
-tore. im. angust. of. st. IV. mo. y. k. l. m. n. o. p. q. r. s. t. u. v. w. x. y. z. —
—

Almozabar llegó á Tijola, y supo que el parte da-
do al rey era falso: por lo que, despues de dar algun
descanso á la tropa, emprendió su vuelta á Purchena.
Ya pueden juzgar los lectores á qué grado llega-
ria su desesperacion al saber el rapto de Almanzora.
Pero al otro dia el esclavo Aldin, disfrazado y bajo
el nombre de Osmen, pidió permiso para hablarle.
Entra, y con mil rodeos le manifestó que su esposa
estaba encerrada en el castillo de Caniles, y que, ha-
llándose él allí de guarnicion, por una rara casualidad
lo habia llegado á saber; que varios camaradas esta-
ban en el secreto de abrirles aquella noche las puertas
para que huyesen, y que solo esperaba en premio
de este servicio que no lo abandonase nunca, pues
temia la ira del señor que la habia encerrado.

Brotando fuego por los ojos corre el favorito á su
caballeriza, hace alistar tres caballos; y como dos
exhalaciones salen de Purchena el tierno Almozabar y
el disfrazado Aldin.

V.

Ya seria media noche, euando á pié y con mucho
sigilo se acercaban á los muros del castillo de Caniles

nuestros viajeros. Aldin se adelantó; y habiendo presentado al gefe de guardia una orden del rey, se abrieron las puertas. Antes de entrar Almozabar, alistó sus armas, y Aldin hizo lo mismo. Despues de cruzar los solitarios jardines, patios, y cenadores, llegaron á una habitacion donde pálida, con el cabello tendido, arrojada sobre el suelo, estaba la triste esposa de Almozabar. Este, al verla se arroja en sus brazos, y la sorpresa no les permite hablar por largo tiempo. El fingido Osmen rompió el silencio, y les dijo: «señores, infructuoso será todo lo que, hasta aquí hemos hecho si en el momento no emprendemos nuestra fuga: si nos llegan á descubrir, somos perdidos.—Huyamos! huyamos!» repitieron los esposos, y salieron precipitados del castillo.



JUNTA DE ANDALUCIA

P. C. M. de la Adm. y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

VI.

«Almozabar, ya estarémos léjos de nuestros enemigos; y yo estoy rendida de marchar toda la noche; esperemos aquí el alba.—Como quieras, encanto mio. Y llamando al encubierto Aldin, le hizo tomar los eaballos en un pequeño prado. El cansancio, la agitación, y una de aquellas noches calurosas del otoño, traian á nuestros héroes sedientos: por lo que enviaron en busca de agua á Osmen; el cual á poco halló

una fuente, y, sacando del pecho un pomo, le derramó en ella. Al instante fué muy contento hacia los esposos, y les dijo: «Venid, venid, señores; ya he hallado una fuente de agua muy rica.» Corren á ella Almozabar y Almanzora, y beben los desgraciados en abundancia.

El veneno era muy activo. A los cinco minutos las manos de los esposos se entre lazaban con ansiedad para prestarse calor; y el pérfido Aldin corria hacia Purchena en busca del premio prometido.

A los tres dias el vuelo de las aves carnívoras llamó hacia allí la atención de los curiosos, y vieron horrorizados esta cruel catástrofe.

Dieron parte á Abenhúmeya, el cual despues de haber dispuesto que fuesen enterrados con grande pompa, prometió trescientas doblas de oro al que le presentase la cabeza del asesino.

CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

IV

— Los señores se miraron y, mirándose
; pedid el abal refectorio ab abibast yorze oy y jaogies
; otao plancos, paratop emol— .sdlis lo lups conerogao
; vol pomet oxid el, nilla atreiduoone la abasual. Y
; lge el, abasual. El abastu abenpaq no ab selladas
; onolo lsi abasuals abon abenpaq ab sau y, noion
; abvas sup el roq, abasuals abon abasuals á nion
; abast abon á (suo la, abast) á sup ab abon ab on

SACRISTAN DEL ALBAICIN.

POR

D. José Gimenez-Serrano.

Cuéntase que á mediados del siglo XVI habia en la parroquia de San Cristobal un sacristan de ingenio agudo, robusto en fuerzas y sobrado en alientos: lo mismo le cuadraba la sotana que el colete de ante, y llevaba el hisopo con tanta desenvoltura como la espada de ganchos: limpiaba los santos y acariciaba á las moriscas, era humilde con los viejos y daba de cuchilladas á los bravos: conforme con su vida no se le importaba un bledo de las murmuraciones de todos.

Llegaba una funcion y su iglesia parecia un oratorio de monjas, se daba un rebato y su tizona brillaba lá primera; querido de las hijas y murmurado de las madres, maldecido por los moriscos y acechado por sus mugeres, temido de los valientes y protector de

los débiles, su fama se estendia por todo el Albaicin y aun llegaba á la *rondilla* y al *rincon de vagos*.

Profesábale el Cura singular cariño por ser hijo de una su antigua criada y severamente le aconsejaba para que dejase su carrera de perdicion; pero al fin acababa por arrinconar su gravedad oyendo sus chuscadas y bernardinás. Cerca de la iglesia vivia una morisca de diez y seis años, huérfana y puesta bajo el amparo del párroco que la enseñaba los dogmas cristianos por mandato especial del Arzobispo, y siempre cuidó el buen eclesiástico de que no le acompañase su desenvuelto sacristan. Sin embargo este habia olido la pista y ganándole por la mano se presentó con un fingido pretesto, se deslizó como una serpiente, engañó con socarrona hipocresía á la dueña y tomó posesion del nido de aquella inocente paloma.

Virgen á las primeras impresiones del amor, con sangre africana en sus venas y sola, sin apoyo en el mundo la pobre mora bien pronto no tuvo mas pensamientos, ni mas deseos que los del travieso monaguillo.—Este se compadecia viéndola tan pura y tan amorosa y mas de una vez quiso alejarse de sus umbrales; pero tambien la amaba y al fin se decidió a robarla con atrevido empeño. Llegó una tormentosa noche de octubre (y despues de beber colmadamente para tomar valor) vistiendo los colores del soldado, con su daga y su broquel, entró por desusado sitio en la casa y á poco salió acompañado de la jóven que llorando iba aunque siguiendo las pisadas de su amante.

Nada habia previsto el galan, la hora era avanza-

da y no sabia donde ocultarse con la mora: siguió pues á la ventura los primeros callejones y despues de mil vueltas y revueltas, de subir y de bajar se encontraron los fugitivos en la plaza de la mezquita ó del Salvador. Anchas gotas comenzaban á caer espesas como el grano de las espigas, silvaba el viento y tronaban las nubes. Gemia la jóven y no podia caminar, el sacristan estaba conmovido profundamente. Pasaron frente de la torre de la nueva iglesia y despues de un relámpago que iluminó con rasgos infernales los altos collados del Aceituno y los cipreses de la *rauda* cercana, sonó tan descompasado trueno que vibraron las campanas como heridas de un mazo de hierro. El robador tembló y se acercó á la pared opuesta; pero al mismo tiempo salió de la pared misma una sombra que le llamó. Un sudor frio bañó su frente, el pelo se erizó en su cráneo. La voz siguió llamandole y le agarraron de un brazo diciendo.—¿Dónde vas? Entonces conoció al Cura, se encendió de furor y gritó.—Dejadme.—No.—Dejadme señor, dejadmé.—No. Una puñalada en el corazon fué la respuesta de esta segunda negativa y levantando en sus membrudos brazos á la morisca que se habia desmayado, echó á correr como un gamo herido; bajó la cuesta del Chapiz guiado por el rumor del torrente y llegó á la orilla del rio que bramaba, crecidas sus ondas con la lluvia. Allí habia otras veces un puente de troncos, lo buscó, marchó resueltamente por él, mas perdió tierra al segundo paso y sintió que su cabeza se mareaba, que su cuerpo bajaba precipitado como una piedra despedida y oia que el ruido de las aguas se acercaba á cada mo-

mento.—Virgen María! gritó la mora asiéndose del cuello de su raptor; y un ángel rasgando el viento la sostuvo con sus brazos y empezó á elevarse al cielo. El sacristan estático con aquella aparicion se asió de la orla brillante de la vestidura del celestial mancebo y se creyó salvo; pero una figura negra que arrojaba llamas por los ojos y azufrado fotor por la boca, le agarró de los cabellos y le empujó al abismo asen-
tándole una hercúlea puñada en el pecho...

Despertó en este momento el travieso enamorado y se halló en la puerta de su amada: la aurora salía por entre pabellones de grana y dos claveles cayeron á sus pies que era la muestra de amor que recibia de la mora cuando pasaba á abrir el templo. Se levantó como asombrado y á pocos pasos se encontró al Cura sano y salvo que le reprendió por haber pasado fuera la noche. Preparado el recado oyó la primera misa nuestro sacristan mas devotamente que nunca, y despues se confesó y despues.... se entró fraile cartujo. La mora que tambien supo el sueño se bautizó á poco con el nombre de María y fué monja en Santa Isabel. Ambos amantes se entregaron á Dios y no pensaron mas en el mundo; pero hasta hoy queda noticia de su historia y para escitar los miedos de una vieja basta preguntarle por *el Sacristan del Albaicin*.



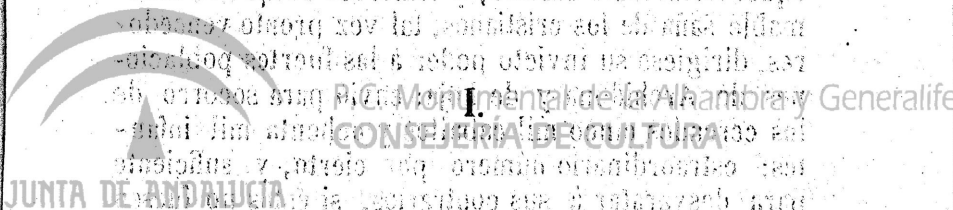
LA PEÑA

DE LOS ENAMORADOS.

POR

D. M. L.

... el reino de Granada yacia aun sumido bajo el pesado yugo de las armas mahometanas. Los reyes de Castilla, guiados del santo anhelo de propagar la fé del Redentor, y del patriótico celo de espulsar de la Andalucía á los dominadores infieles; que por espacio de siete siglos habian usurpado el suelo granadino; y hecho derramar tanta sangre cristiana; pusieron cerco á Antequera con una lucida hueste, compuesta de numerosos y activos gineles, entre los cuales descollaba la escogida juventud y la nobleza castellana, capitaneada por el valeroso infante don Fernando, terror de los moris-



aos. Ayudábanle en tan loable empresa don Sancho de Rojas, obispo de Palencia, Alvaro de Guzman, Juan de Mendoza, Juan de Velasco, don Ruy Lopez Dávalos, don Gomez de Hínestrosa y otros señores y ricos hombres, que fuera difícil enumerar. Al frente de tan bravo ejército juró el infante en manos del obispo no desnudarse de su armadura, ni dejar ociosa su lanza hasta colocar en las altas almenas de Antequera el estandarte de la Cruz: juramento que imitaron, poniendo las manos en sus nobles y fieles pechos, todos los escogidos caballeros reunidos para tan cristiana empresa.

Sabedor el rey de Granada del riesgo que corría aquel formidable castillo, y temeroso de que la indomable saña de los cristianos, tal vez pronto vencedores, dirigiese su invicto poder á las fuertes poblaciones de Archidona y de Loja; envió para socorro de los cercados cinco mil caballos y ochenta mil infantes; extraordinario número por cierto, y suficiente para desvaratar á sus contrarios, si estos no fuesen aguerridos castellanos, á quienes el juramento de vencer ó morir por su religion y por su patria no hubiese inflamado sus corazones y robustecido su brazo.

No bien se divisaban descender á las llanuras de Archidona las numerosas huestes de los sarracenos, cuando el inquieto y apercebido infante aguija su veloz caballo, ordena sus haces, y se apareja á recibir impávido el inmenso ejército que ve ya caer sobre los ginetes cristianos. Llega el momento terrible de acercarse los infieles: arremeten los castellanos, y trábase tan sangrienta lid, cual si fieras embravecidas, encer-

radas por mucho tiempo, se vieran sueltas en el circo, sedientas de una horrorosa carnicería. El obispo don Sancho, que en la siniestra mano llevaba el estandarte de la Cruz, y en la derecha su acerada espada, corría de una en otra parte, alentando á los ilustres capitanes, que tan generosamente vertían su sangre por cumplir su juramento. El infante don Fernando abría paso con su lanza por medio de masas apiñadas de soldados berberiscos, que á centenares caían en tierra, cual un plantel de débiles árboles es tronchado por el espantoso huracán. Allí donde mayor era el peligro, se hallaba derrivando en tierra los innumerables peones y los ginetes que á porfía se esforzaban en cautivar ó separar de sus hombros la cabeza de un varón tan esforzado, y en regar aquel campo con la sangre real del caudillo castellano.

Don Gomez de Hínestrosa, señor de un pingue estado en los aledaños de Aragón, mozo muy gallardo, que apenas rayaba en los veinte años de edad, y que ya en repetidos encuentros se había señalado valerosamente por el ágil manejo de sus armas, y el notable destrozo que hiciera á los sarracenos, era el mas visible; tanto por el relumbrar de su luciente armadura guarnecida de plata, y por los lujosos arneses de su andaluz caballo, como por el ardiente arrojito con que se engolfaba en lo interior de los grupos moriscos, y la horrorosa matanza que en ellos hacía, llevando siempre la muerte pendiente de su pujante brazo.

Por seis horas estuvo empeñado el espantoso combate, en que á juzgar por el inmenso número de los infieles, se habría reducido á cadáveres la escasa

hueste castellana. Pero era ya tal la escesiva mortandad de los enemigos, tal el espanto que se habia introducido en todo el ejército, al ver correr, cual si fuese un caudaloso arroyo, la sangre de los árabes, que desfallecidos del cansancio, abatidos con la sed y el hambre, y contristados sus corazones de ver morir millares de soldados, sin poder desbaratar á los cristianos, ni internarse siquiera en el real de Castilla erizado de aguzadas lanzas, se apresuran á tocar las trompetas y alabales, en señal de retirada, y huye despavorida toda la multitud en descóncertado tropel, á refugiarse unos en la fortaleza de Archidona, y á libertarse otros, fiados en la velocidad de sus caballos, que exhalados volaban hacia los castillos de Málaga y de Loja.

En tanto, y mientras tan afortunadas iban las armas de la fe, el valeroso don Gomez de Hínestrosa, llevado de su fogoso espíritu, y fiado incautamente en la destreza de su brazo y agilidad de su caballo, se internó mas de lo que fuera prudencia en el campo enemigo, y engreido con el horroroso estrago que en ellos hacia, no conoció el grande peligro que corría su vida, hasta que se vió solo y rodeado de una muchedumbre de ginetes, que con grandes alaridos y brutales ademanes le intiman la entrega, y le amenazan con la muerte. Agotados ya todos los medios de defenderse y de atacar, caido el casco y descubierta la cabeza, rota la lanza, vese forzado por la primera vez á fiar su salvacion en la ligereza de su caballo: agúijale con las aceradas puntas de los acicates, vuela el fogoso animal, y abriéndose paso por la muchedumbre enemiga, se hubiera al punto hallado lé-

jos del peligro, si desgraciadamente no hubiese caído en tierra, al saltar con la velocidad de la carrera una anchísima y profunda zanja. Los moros, que por el cuantioso valor del caballo, por la lujosa armadura y relucientes adornos habían codiciado la presa del doncel Hinestrosa, al ver su rostro, y al conocer en él las señales de ser un noble caballero de los más distinguidos del ejército de Fernando, le siguen en multitud para cautivarle y hacer un rico botín: y al caer al suelo el desventurado mozo, le rodean, le intiman que se rinda con mortales amenazas, y consiguen verle casi enajenado del fuerte golpe que ha recibido, depuestas las armas, y tendido en tierra debajo de su caballo. Un moro de robustas fuerzas estimula al bravo animal á que se levante, lo consigue al punto, toma en sus brazos al infeliz mancebo, que apenas moverse podía con el peso de sus armas y el terrible golpe que ha recibido, y cabalga aceleradamente, colocando á aquel en el arzon de la silla, asido con un ceñidor morisco.

¿Cuál sería el pesar de los caballeros cristianos, cuando convocados por el Infante D. Fernando para dar gracias al Omnipotente por tan distinguida victoria, se acercan todos los capitanes al obispo de Palencia, que revestido de sus sagrados ornamentos entona el religioso canto, y no ven entre ellos albizarro y galante D. Gomez de Hinestrosa! Búscanle al punto por todo el campo para socorrerle, si había recibido alguna herida, ó para dar, si había muerto, sepultura á su cadáver; pero todo en vano: ni caballo, ni gineete son hallados por la dilatada llanura, teatro pocos momentos ántes de la sañuda y sangrienta lucha; y

entonces reciben el triste desconsuelo de saber que habia caido en duro cautiverio.

El desventurado Hinestrosa, al recobrar un poco su perdida razon, y al verse aprisionado por el bárbaro moro que le conducía, siente no haber perdido la vida en el ardor del combate, ántes que sufrir la penosa é interminable servidumbre que le espera. Entonces ruega abincadamente que le devuelvan su libertad, ofreciendo un cuantioso precio por su rescate; y tal vez el interesado moro se lo hubiera concedido, si no fuera á su lado un fiero capitan, que conociendo ser el cautivo de alto y esclarecido linaje, se gozaba en verle bajo su poder, y en presentarle al rey de Granada para obtener en premio la gracia del monarca. Condúcenle á la fortaleza de Loja, donde descansan algunos momentos, y de allí prosiguen la vuelta de Granada; donde espera la multitud impaciente saber el éxito de la batalla. Al punto que llegan conducen al cautivo á la Alhambra á presencia del indignado rey, quien sabedor de la infausta suerte de sus armas, hubiera hecho cortar las cabezas de algunos adalides, á no haberse aplacado un tanto al descubrir en el esclarecido cautivo un personaje de privilegiada estirpe, y manda entonces que le desnuden, y le cubran con una asquerosa túnica, y que cargado de cadenas y descalzo le conduzcan al Albaicin, y lo encierren en la mas oscura y tenebrosa mazmorra de la Alcazaba.